

El corazón de una reina



MARIO ENRIQUE FIGUEROA

Sin duda el gato negro había trepado desde el viejo tronco cercenado a la barda y de ahí al sobrado del ventanal de mi estancia. Ignoro qué lo había hecho subir, pero maullaba temeroso porque desandar el camino le resultaba difícil. Cuando abrí la ventana retrocedió con los pelos de la nuca erizados. Y en seguida descubrí en el jardincito del apartamento de abajo a su dueña, llamándolo angustiada con los brazos en alto, mientras todos sus demás gatos caminaban en torno a sus tobillos.

—Califa, ven; Califa, ven.

Sus movimientos, su agitación, dejaban parte de sus senos a la vista.

—No lo asuste, vecino, no lo asuste.

El gato, con su lustroso pelo negro bajo el sol, semejava una pequeña pantera acorralada. Yo lo llamaba inútilmente "bicho, bicho" frotando la punta de los dedos medio y pulgar; mi vecina insistía en su nombre, utilizando una y otra mano como visera para protegerse de los reflejos del sol. Y conforme estiraba un brazo y luego el otro, yo veía el reacomodo de sus senos sin brasier entre la abertura de la bata. Así, Califa miraba a su dueña como avergonzado de encontrarse en esa posición que disminuía ostensiblemente su orgullo; a mí calculando mis intenciones, receloso, sin ocultar su disposición a defenderse.

Le pedí a mi vecina que tuviera calma. En la cocina corté unos trozos de bistec y regresé a la ventana: los fui arrojando en el sobrado, de manera que el gato se acercara a mí según los iba devorando. La estrategia parecía tener éxito y mi vecina casi aplaudía de gusto. Sin embargo, al colocar un pedazo justo entre los dos, Califa se agazapó y estiró una garra intentando jalarlo, sabiendo que si lo cogía con el hocico yo podría atraparlo. Miró con desdén mis ojos y el trozo de carne cruda antes de recular de nuevo.

"Pinche gato", murmuré, en tanto abajo su dueña gemía al borde las lágrimas. Tras meditar unos segundos me dije que lo más indicado era que ella subiera a mi apartamento y

lo atrajera en mi lugar. Se lo propuse. Entonces miró sobre mi cabeza y descubrí que el matrimonio del siete —una pareja ya entrada en años— observaba la escena desde hacía rato. Sólo en ese momento fui consciente de que el marido de mi vecina estaba de viaje; de que mi esposa y mis hijos habían ido a pasar la Semana Santa al rancho de mi suegra. Y esas ausencias era algo que los mudos espectadores no podían ignorar.

Comprendí el dilema. Pero mi vecina y yo, también de súbito, asumimos lo curioso y vagamente promisorio de la situación. Nos miramos traspasando la cortés simpatía con que nos saludábamos al coincidir de modo casual en el estacionamiento, en el corredor del edificio. Y un suave relajamiento de sus labios aceptó, adelantó al resto atribulado de sus facciones en la determinación de rescatar a Califa del trance en que se hallaba. Un segundo más tarde la vi entrar en su apartamento seguida por la cohorte de gatos maulladores.

Sólo tardó el tiempo necesario para sustituir la bata por un vestido informal de color blanco. Al subir la escalera ya la esperaba a un lado de la puerta abierta. Las sonrisas casi tímidas de nuestras caras me parecieron exageradas en dos personas que rondaban los cuarenta años.

—Me apena molestarlo, vecino, pero últimamente Califa ha estado muy nervioso.

—No se preocupe, por favor. Pase, inténtelo usted.

Entró evitando pisar la esquina visible de la alfombra verde, cubierta casi en su totalidad por el sofá, los sillones, la mesita de centro. Se dirigió al ventanal y asomó el cuerpo. Yo, sin cerrar la puerta, me mantuve a cierta distancia para no entorpecer la acción. Ello me permitió corroborar que a sus piernas largas y delgadas nada más les faltaba, para satisfacer mi gusto, un poco de volumen en las pantorrillas.

Califa todavía se hizo un rato el remolón, pero ante los cariñosos llamados de su dueña por fin se acercó y dejó rescatar del sobrado por las manos conocidas, no sin antes apoderarse del último trozo de carne que le había ofrecido.

El gato acomodó su negra, tersa pelambre en los senos de mi vecina, quien lo acariciaba y besaba. Me acerqué a ellos y el animal se puso otra vez a la defensiva. Ella lo tranquilizó con sus mimos exagerados, mirándome a veces de soslayo. Califa comenzó a ronronear satisfecho, a entrecerrar los párpados.

La invité a sentarse, a tomar una taza de café. Se disculpó. Tenía cosas que hacer.

—Además, usted sabe, los vecinos... —dijo, mirando el techo, el hueco de la puerta—. Su esposa no está, mi marido anda en viaje de negocios...

El tono con que dijo las últimas palabras remeció la manera en que me había sonreído desde su jardincito bajo la atenta, nada pudorosa observación de los vecinos del siete: ahora pegarían las orejas a su puerta entreabierta para escuchar: “Es usted muy amable, gracias, hasta luego”, palabras dichas por ella al salir de mi apartamento en un tono de voz deliberadamente alto. Luego descendió con cuidado los escalones llevando a Califa en brazos.

Cerré la puerta y sentado en el sillón escuché un rato —próxima o distante— esa voz de mi vecina recriminando, llamando cariñosa, haciendo reclamos a sus numerosos gatos. Oyéndola pensé en su marido, el voluminoso estadounidense, agente de ventas, que todos los fines de semana la deja sola con sus gatos. También en su frágil hija de quince años —nacida antes de su actual matrimonio— que hacía dos había muerto durante una excursión escolar porque olvidó la inyección que le permitía controlar su diabetes.

Cogí el teléfono y marqué el número de Juan Manuel para corroborar nuestra cita. Estaba en lo dicho. Ya salía de su casa. Si no lo encontraba en la cantina estaría en la librería de Polo Duarte. De acuerdo. Cerré la ventana, busqué las llaves del auto y bajé al estacionamiento. Mientras calentaba el motor comencé a disfrutar —imaginándola— la ciudad semidesierta. Era Sábado Santo y conducir por las calles en días como ése puede convertirse en una experiencia conciliadora.

Desde atrás del pequeño mostrador a la entrada de su librería, Polo estiró su mano derecha. La estreché observando su sonrisa, la de los labios, pero también la de los ojos con su invariable nostalgia sobrenando el amistoso saludo. Después su mirada me guió hacia donde se encontraba Juan Manuel, en lo alto de una escalera, hurgando en los estantes. Algo que Polo sólo permitía a sus amigos.

Nos acodamos en el mostrador y atendimos pacientes los afanes de Juan Manuel. A nuestras espaldas, encima de la Alameda Central, la tarde de pronto se nubló. Le pregunté a Polo cómo iba el negocio. Con su mesurada animosidad me respondió que no podía quejarse. En cuanto al libro que yo le había encargado, me dijo que lo tendría la próxima semana. Finalmente Juan Manuel, advertida mi presencia, inició un trabajoso descenso cargado con una considerable pila de libros.

Lo ayudamos al pie de la escalera. Mientras Polo anotaba autores, títulos y precios, sonreía, acaso compartiendo los placeres que ya se prometía Juan Manuel hojeando los libros.

Invitamos a Polo a beber una copa, pero esperaba a un cliente, nos alcanzaría en cuanto se desocupara. Con los libros bajo el brazo recorrimos los diez pasos que separaban la librería de la cantina.

—Un tipo sensacional este Polo— dijo Juan Manuel.

Antes de empujar con el cuerpo la puerta giratoria, miré con recelo el peñado nubarrón que cubría el cielo. Colocamos en la mesa de uno de los reservados los libros. Juan Manuel les dirigió una mirada que parecía pedirles esperar un poco, nada más un poco. Ezequiel se acercó a saludarnos y le pedimos un par de vodkas con agua quina. En seguida Juan Manuel adelantó su rostro hacia mí.

—Ya está todo listo para empezar la película... el mar, la mujer embarazada, la interrogación precisa y a la vez mudable, infinita, sobre la presencia casi prescindible del hombre, sobre el amor y la vida, sobre el posible sentido de un sacrificio y la cabrona necesidad de estar siempre abierto a la resignación, al adiós.

Yo veía en sus facciones la conocida pero siempre extraña mezcla de endurecimiento y ternura, de soledad moteada con destellos de lejanas esperanzas. Se apoyó en el respaldo cuando Ezequiel trajo nuestros vasos. Bebimos al mismo tiempo. Encendí un cigarrillo y Juan Manuel encimó de nuevo su cuerpo en la mesa. De acuerdo con su carácter no quería ceder demasiado a las expectativas de su proyecto inmediato, pero advertí que su vida gastaba entonces días de tranquila euforia. Su rostro y sus palabras me hicieron experimentar una alegría triste.

—Bueno, ya te sabes de memoria el guión... dime, cómo van tus cosas.

Al principio, por eso deseaba verlo, le hablé de mi novela, de que me gustaría fuera el primero en leer el manuscrito; también de ese cariño distante o distanciamiento cariñoso que sentía desde hacía unas semanas por mi esposa. Sin embargo, de pronto, entre dos tragos, me descubrí hablándole de mi vecina, de Califa y sus otros gatos, de las miradas y sonrisas que una hora antes habían engarzado nuestras situaciones de esposa y marido solitarios durante ese fin de semana.

Juan Manuel me observó sin pausas unos segundos. Dio un prolongado trago a su bebida. Y habló:

—La primera vez que de verdad gocé el cuerpo de una mujer fue a lo largo de toda una noche. Nos abrazábamos, bebíamos, dormitábamos y otra vez a enlazar los cuerpos. Seis o siete veces lo hicimos esa noche. Al amanecer, cuando mi miembro se retrajo de entre los labios de su sexo, el glande me dolía con intensidad, pero de una manera muy placentera. Se lo dije a mi compañera (la acababa de conocer y al principio de esa noche pensé que no volvería a verla) y ella sumergió y alivió mi miembro en una cacerolita con agua tibia. Lo hizo con cuidado, amorosamente. Esa mujer fue después mi esposa, hasta que...

Juan Manuel sonrió enigmático sin dejar de verme. Después chocó su vaso contra el mío.

—Hasta que apareció el mar y la mujer —completé yo—, la idea de la mujer embarazada en el mar, su libertad y todo lo demás.

—Si una vez ya diste lo que podías o debías, nada puede impedirte darlo otra vez, o dar algo diferente, uno nunca sabe, al surgir otra presencia.

—No creo que la nueva presencia, en este caso, prometa demasiado, por lo menos no tanto como parece suponer.

—En este momento lo ves así porque anticipas culpas o remordimientos. Eso limita la percepción que tienes ahora de lo nuevo. No seas cobardón y explora sin prejuizar. No coartes por anticipado las posibilidades, pocas o muchas, de lo nuevo.

—Pero...

—Y no creas que soy cínico o te pido que lo seas. En ese caso te aconsejaría, nada más, que te tiraras el lance y dieras vuelta a la hoja. Pero (y esto quizá sea lo más importante) a lo mejor se te está presentando la oportunidad de definirte ante tu propia esposa, que por otra parte ya debe estar percibiendo algo de lo que mencionaste. Salud.

Pedimos más vodka. Por un rato miramos personas y objetos: a quienes bebían en la barra o pasaban junto a nosotros; a las botellas alineadas en diversos niveles ante el infaltable espejo. Pensé objetar algo más, pero era evidente que Juan Manuel ya había dado vuelta a la hoja. Sin mayores preámbulos se puso a hablar de los libros comprados en la librería de Polo.

De entre los volúmenes viejos y polvosos, encuadernados a la rústica, Juan Manuel seleccionó aquella tarde la *Vida de Marco Bruto* para ponderar las excelencias de la prosa española, aparte de las mujeres y el cine, su mayor debilidad. Disertó con largueza, leyó algunas páginas. Sin embargo, sólo a ratos pude seguir sus laudes o escuchar la maestría discursiva de Francisco de Quevedo y Villegas, a través de Plutarco.

La mañana luminosa con Califa trepado en el sobrado de mi ventanal, trocada en tarde nublada y lluviosa, no eran para mí sucesos y cambios acordes con lo que decía y leía Juan Manuel. Cierzo, habíamos bebido cinco o seis vodkas, pero sobre todo había algo perentorio en el progreso de la noche y la lluvia en la ventana. Algo que en definitiva se refería a mi vecina, los gatos y las ausencias. La de mi esposa inusual; la de su marido previsible, aunque era Sábado Santo. Lo imaginé, enorme y obsequioso, visitando las tiendas de abarrotes en alguna ciudad de provincia.

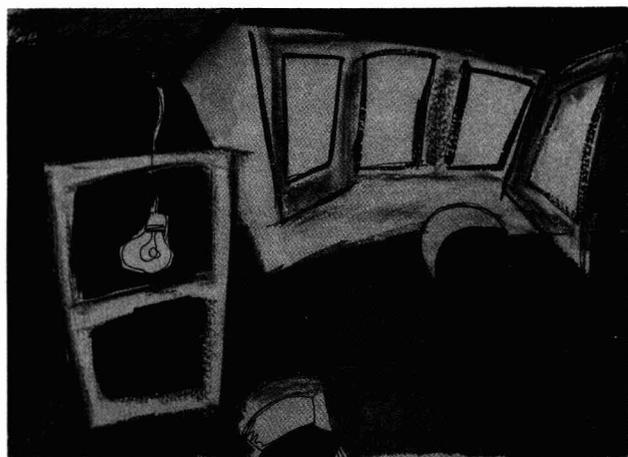
Juan Manuel cerró el libro, lo depositó cuidadoso sobre los otros. Su rostro, ceñudo y amable a la vez, me pareció inmerso en una placidez ligeramente encendida. Me propuso marcharnos. Se veía satisfecho. Le respondí que bebería un trago más y levanté la palma de mi mano derecha cuando intentó sacar dinero.

—De acuerdo, yo me voy. Nada más no te embriagues. Recuerda que ésta puede ser tu noche de los gatos en el sobrado caliente, o de los gatos calientes en el sobrado.

Se rió con fuerza y ayudado por Ezequiel salió a la noche húmeda transportando su tesoro literario. Por mi parte agre-

gué no uno sino tres vodkas más a mi indecisión. En algún momento Ezequiel se sentó frente a mí y preguntó a mi rostro (con seguridad ensimismado) qué pasaba. Le sonreí reconocido por su gesto solidario, moviendo negativamente la cabeza. Y su pregunta me decidió a pedir la cuenta, abandonar la cantina, trepar a mi coche para regresar a casa.

Cerré el portón del estacionamiento y recargado en el cofre de mi auto observé la alternancia de luces en las ventanas de mi vecina. La recámara, la cocina, el baño. Se encendían o apagaban ubicando sus desplazamientos, relatándose sus quehaceres. La sucesión describía una vida de mujer que comencé a sentir muy próxima, familiar casi. Aquel pausado ir y venir que yo adivinaba escoltado por los gatos, reanimó el suceso que nos había acercado por la mañana. Mi vientre



acumuló un acceso sanguíneo que me provocó una lenta erección.

Entré al corredor del edificio. Me detuve al pie de la escalera, mirando arriba el negro número cuatro en la puerta de mi apartamento. Con el pie izquierdo en el primer escalón y las manos en la baranda, me asomé a ver el número uno en la del fondo. Escuchaba la voz de mi vecina, los maullidos de los gatos, el arrastre por el piso de las pantuflas, que se detuvieron proyectando la sombra de dos tobillos en la línea de luz bajo la puerta.

Antes de caminar transcurrieron unos segundos dilatados en mi mente por girones de ideas, sospechas y premoniciones, que suspendieron su aleteo, su tendencia a vincularse y plasmar una certidumbre, cuando mi vecina apareció en el umbral rodeada por el tufo previsible. Un metro escaso separaba nuestros cuerpos. Los gatos me miraban o se frotaban contra sus tobillos. Ella sonreía como la novia, la esposa que recibe la presencia esperada con un poco de enfado por la tardanza y otro poco de tolerancia cariñosa.

—Hola.

—Qué tal.

—¿Puedo entrar? Sólo un momento. Hay algo que me intriga... por qué Califa...

Antes de franquearme la entrada verificó el vacío silencioso del corredor. Me indicó el sofá y ella se acomodó en un sillón cercano, cruzando las piernas bajo la bata.

—Te ves un poco... cansado. ¿Dónde andabas?

—Estuve con un amigo, en una cantina.

—Claro. Bueno, ahí tienes a Califa. Lo conozco y creo que ya te acepta.

—¿Por qué habrá trepado hasta mi ventana?

—A ratos está muy inquieto —repitió, resbalando sin molestia mi duda intrascendente. Y agregó, mirándome con alguna avidez a través de una sonrisa calculadora:

—Te escuchamos llegar, te esperábamos.

—¿Me esperaban?

—Sí —parpadeó, desviando un instante la mirada— mis gatos y yo.

—Quizá en ese momento debí marcharme. Su respuesta hizo obvia mi natural sorpresa, a la vez que acercó más a una extraña y todavía renuente certidumbre la intuición, la sospecha que había acompañado mis pasos hasta la puerta de su apartamento.

De pronto varios gatos corrieron hacia la recámara oscurecida y con la puerta entreabierta. Y con la misma premura instintiva que los atrajo, regresaron como auyentados para seguir frotándose contra los muebles y nuestras piernas. Califa incluso trepó al sofá y restregó su costado en la manga de mi chamarra.

Mi vecina los miraba y acariciaba alternada, cariñosamente, vigilando sonriente sus breves incursiones en el jardincito iluminado. Sólo uno permanecía echado en la alfombra roja: tranquilo, perezoso, grande y esponjado en su pelaje gris.

—Ella es Sultana —me informó al notar que la observaba—. Se parece a mí, es como yo. Se siente la reina... Perdón, ¿quieres beber algo? Tengo un poco de coñac y tequila.

—Coñac, gracias.

Mientras servía las copas tras una barra pequeña al lado de la puerta, pasé varias veces la mano izquierda a lo largo del lomo un gato amarillo. Sentía en la palma sus vértebras arqueadas y el placer que le ocasionaba al golpear suave su cola erecta. Antes de regresar apagó la luz del techo y la estancia quedó iluminada sólo por una lámpara de pie.

Me ofreció una de las copas y ahora, al sentarse, acomodó las piernas flexionadas en el sillón, bajo su cuerpo. Sorbimos las bebidas —ella tequila— y en seguida nuestros ojos se encontraron adelantando su reto ambiguo, mi frágil residuo de duda y reserva.

Califa saltó hacia ella y arrastró con las patas una punta de la bata. La mitad de su muslo derecho apareció, quedó expuesto a mi mirada, al tiempo que animal y mujer se hacían arrumacos, se lamían y besaban, frotaban narices. Había dejado la copa en el brazo del sillón y sostenía con ambas manos el cuerpo del gato. Yo posé la misma mano acariciante sobre la pierna desnudada.

Mi lenta caricia pareció inadvertida al principio. Mi vecina y Califa siguieron mimándose. Yo deslicé la mano por la pierna hasta la cadera, bajo la bata, que arrodillándome

empecé a desabotonar, seguro de que no ocultaba ninguna otra prenda. Y emergieron los senos, grandes, un poco caídos, de floración no muy extendida y pezones ya rígidos.

Dejó reposar en su cuello a Califa mientras su rostro asumía una expresión de placidez y abandono. Era como si el gozo proviniera de la lengua del gato en su cuello, en su oreja, más que de mi mano copando y mis dedos sobando el seno que me transmitía los latidos de su corazón. Con las manos unidas en su vientre, acaso deliberado anticipo de la abertura de su sexo, procuraba levantar ambos pechos con sus brazos, para recuperar su no muy lejana firmeza. Tenía los párpados entrecerrados y una sonrisa apacible que parecía animada —me dije— por alguna brisa de mar, aunque la cortina de la puerta que daba al jardincito no se movía.

Pero la situación exigía eludir todo prolegómeno y dejé caer de golpe mis pantalones y mis calzoncillos: separé sus rodillas, monté sus muslos en mis hombros, aprisioné sus caderas para atraer hacia mí los pliegues de su vientre que ella procuraba contraer aguantando la respiración.

Vi resbalar su cabeza por el respaldo del sillón, a cuyo borde trepó Califa. Lo miré. Desde su lugar observaba atento lo que sucedía entre su dueña y yo. A pesar de lo que mi vecina me había anunciado al entrar, el brillo de sus pupilas me insinuó algún recóndito designio. Eso no impidió que mi sexo atinara en su inicial penetración. Mi vecina cerró un momento del todo sus párpados, aunque su cara conservó la soñadora dejadez que parecía ignorarme.

Los gatos —blancos, amarillos, pardos— husmeaban excitados nuestros humores, rondando por la alfombra y desde los brazos del sillón. Se paseaban sobre mis tobillos, encima del cuerpo de ella. Me volví al sentir una garra suave, una lengua rasposa y unos lentos colmillos en mis nalgas: Sultana también participaba.

Sin embargo, no debí descuidar a Califa al emprender por fin mi acometida: cuando incliné mi cuerpo sobre ella, sentí el instantáneo zarpazo en mi nuca. Ante mi manotazo huyó para entrar en la recámara oscurecida: en su precipitación terminó de abrir la puerta y entonces vislumbé una imagen difusa —mitad sombra, mitad figuración— justo en el momento de ocultarse.

Ella, mi vecina, adivinó por mi expresión lo que acababa de descubrir. Intentó atraer de nuevo el rostro que la miraba comprendiendo, con la sospecha recalando aún asombrada en la certidumbre que mi mente había postergado.

—No hagas caso, ven, déjalo, no está celoso en realidad...— decía con los párpados nuevamente entrecerrados y voz queda.

Pero mi miembro ya colgaba flácido fuera de su sexo. Me incorporé y ajusté mis pantalones sin dejar de contemplarla con más ternura que enojo o rencor. Me dirigí a la puerta explorando con dos dedos la herida apenas sangrante que me había provocado Califa.

Antes de salir me volví a mirar por encima del respaldo del sillón las piernas desnudas que ella abría y cerraba mientras los gatos tumultuosos la husmeaban y lamían. ♦